

Relaciones más allá de la complementariedad

Por Victoria Gómez
@Victoria_GomezR

Algunas notas sobre la persona humana



En diálogo con Pilar Escotorin

1) Doctora en Psicología de la comunicación, profesora asociada de Psicología Evolutiva en la Universidad Autónoma de Barcelona.

2) *¿Quién es el hombre?*, estudio sistemático de la Pontificia Comisión Bíblica que ofrece una comprensión del hombre más compleja, orgánica y conforme a la tradición bíblica, sin sobreponer inmediatamente concepciones que se creen consolidadas:

→<https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2019-12/hombre-pontificia-comision-biblica.html>

→http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/ladaria-ferrer/documents/rc_con_cfaith_doc_20190930_itinerario-anthropologia-biblica_it.html

3) «María, humanidad realizada» (julio de 1973) en *A los Gen, diálogo con los jóvenes*, Ciudad Nueva, 1979, pp. 157-161.

4) →<https://www.avvenire.it/chiesa/pagine/divorzio-vietato-scherzare. Capítulo sobre la homosexualidad en el documento ¿Quién es el hombre?>

Acercarse a comprender qué es la persona humana exige humildad. Lo afirma también el novedoso documento pontificio *¿Quién es el hombre?*, cuyo objetivo es «hacer percibir la belleza y la complejidad de la Revelación divina sobre el hombre», donde «la belleza lleva a apreciar la obra de Dios, y la complejidad invita a emprender una humilde e incesante tarea de investigación, estudio y transmisión». He hablado con Pilar Escotorín¹ sobre un par de textos provocadores². Algunas palabras clave.

SOMOS SERES COMPLEJOS

Hay que aprender a superar la *fijación funcional de nuestra mente*, tendencia humana a repetir patrones aprendidos que pueden resultar verdaderas trampas: aprender a ser flexibles, superar la rigidez de nuestros modelos mentales, para *encontrar* al otro y aceptarlo tal y como es. El mismo ejercicio hay que hacer para entender la categoría *persona*. La mente debe aceptar que no hay nada fijo para siempre y que todos podemos cambiar, porque somos seres complejos y en movimiento, atravesados por el filtro de la cultura y de nuestra historia. Para los creyentes, significaría además aprender a preguntarse qué parte de nuestras ideas es cultural y cuál es resultado de una experiencia de Dios.

Considero responsabilidad de las religiones ofrecer a la humanidad claves espirituales para que las personas se *encuentren*, sin dejarse atrapar por estereotipos. Es decir, se puede o no estar de acuerdo con otra manera de vivir o pensar, pero, aunque no estuviéramos preparados a

la *empatía emocional* (sentir con el otro) podemos siempre ejercitarnos en la *empatía cognitiva* (comprender por qué piensa como piensa). En el texto de Chiara de 1973³ aparece fascinante la definición de persona: ser único, completo. El desafío no es complementar sino *aprender a ser el otro*.

ESCUCHAR EL GRITO DE AUXILIO

En este esfuerzo por librarse de estereotipos sorprende la interpretación que la Iglesia católica está haciendo del pecado de Sodoma: el relato, más que presentar una ciudad dominada por «irreprimibles lujurias», denuncia a una entidad socio-política «que no acoge al extranjero con respeto, y por ello pretende humillarlo, obligándolo por fuerza a un infamante tratamiento de sumisión»⁴. También en nuestra sociedad hay gritos que piden auxilio. «En un proyecto europeo en el que trabajo –precisa Pilar Escotorín– descubrí con horror el altísimo porcentaje de personas transgénero con intento de suicidio (32% a 50% como promedio)». ¿Se puede aceptar que una persona, por no identificarse con un género binario, tenga que percibirse fuera de la sociedad? La categoría binaria (femenino-masculino) no debería cegarnos en acoger el valor de la *persona*, con sus emociones e historia. Las semillas del Verbo presentes en las grandes religiones sugieren que ese mismo Cristo, abandonado, está en todo sufrimiento, en el grito que abrazar y al que responder, no desde la mirada de nuestras certezas, sino desde un ejercicio de empatía profunda y de esfuerzo por intentar *ser el otro*.

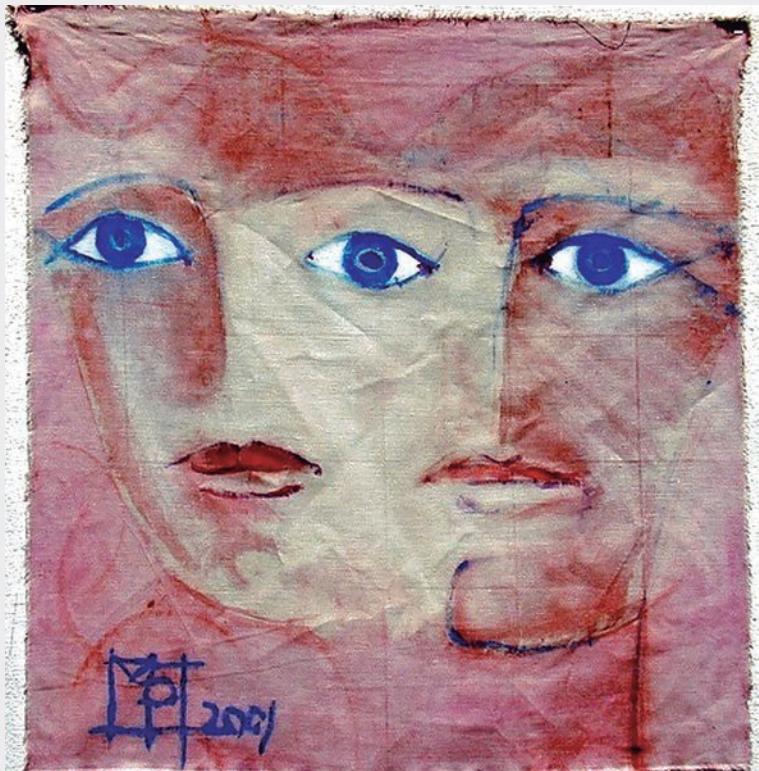
LA PERSONA: UNA UNIDAD EN SÍ MISMA

«Se piensa que la mujer y el hombre, para ser completos, tienen absoluta necesidad el uno del otro, y no pueden realizarse sino mediante el complemento del otro sexo. Ahora bien, María, que está sola, contradice completamente esta idea. Ella, precisamente, es esposa de Dios y fue madre de Jesús en la más perfecta virginidad. Ella es completa, contiene en sí a toda la humanidad; es decir, Dios la ve como el tipo de criatura humana, sea hombre o mujer, la criatura en plenitud, que encuentra su perfección en la relación con Dios».

«Incluso estando unidos el hombre y la mujer, completándose en la familia, Dios quiere a cada uno solo con Él, completo en sí mismo, capaz de ser el primero en amar»¹

Chiara Lubich

(Fragmento de «María, humanidad realizada» en *A los Gen, diálogo con los jóvenes*, Ciudad Nueva, 1979, pp. 157-161)



«Unitrinité», pintura sobre tela de Michel Pochet.

1) Hablando de la plenitud de la persona, Chiara llega a afirmar: «Cuando un chico está impregnado de Cristo, es también mujer, y a la inversa». Es significativo que en *Mulieris dignitatem* Juan Pablo II utilice el término *reciprocidad* en vez de *complementariedad*. Escribe I. Sanna: «Una relación de complementariedad se orienta a darle al otro lo que le falta, en un proceso de interacción necesaria. En cambio, una relación de reciprocidad se orienta a descubrir lo que es el otro y afianzarlo en su identidad. La mujer ayuda al hombre a descubrir y aceptar en sí mismo lo femenino que hay en él y el hombre ayuda a la mujer a descubrir y aceptar en sí misma lo masculino que hay en ella» (I. SANNA, *Immagine di Dio e libertà umana*, Città Nuova, Roma, 1990, pp. 210 e 218).

Un abanico de testimonios...

APRENDEMOS DE NUEVO A QUERERNOS

Ella: Casados y con varios hijos, imagen de *familia perfecta* pero a punto de tirarlo todo por la borda. Y nadie lo sabía. ¿Por qué llegamos hasta ese precipicio?

Él: Supuestamente teníamos formación y vida espiritual, pero habíamos cargado sobre el otro la mochila de nuestra propia felicidad. Pretendíamos lo que no nos daba, muestras de cariño, decisiones... Nuestro *yo* se agrandaba y nuestras miradas se distorsionaban por no ver el don que el otro era. Éramos incapaces de dialogar sin hacernos daño, por lo que nos evitábamos. Nuestra relación se había deteriorado del todo. Las alarmas habían saltado y sacábamos lo peor el uno del otro.

Ella: Yo me planteaba un plan B: la posible separación. Mi marido no. El dolor más fuerte era ver que estábamos

destruyendo también a nuestros hijos, aunque ellos nos sostuvieron muchas veces. Un día nos llega una invitación de quien ni nos conocía a un retiro para matrimonios. Yo había perdido toda esperanza, sin fuerzas para seguir luchando. Algo me impulsó a no tirar la toalla. Pudimos pararnos, encontrarnos cada uno consigo mismo, mirar nuestros escollos profundos, abrirnos a lo que Dios quería decirnos. Salimos transformados, personas radicalmente nuevas. Nunca había llorado tanto, pero fueron lágrimas de salvación.

Él: ¿Qué habíamos descubierto? Que Dios nos ama a cada uno como somos, sin tener que ser perfectos. Volvimos a casa reconciliados, *re-unidos* con Dios. Estamos aprendiendo de nuevo a querernos. No hay que esperar que el otro cambie y me ame, sino que soy yo quien quiero

procurar con mi amor la felicidad al otro. La *mochila* la llevo yo con la ayuda de Dios; la llevamos cada uno. Dios nos ha devuelto a la vida.

Ella: El confinamiento ha sido una prueba de fuego para poner en práctica lo aprendido. Tanto tiempo juntos, en vez de enfrentarnos, nos ha ayudado a redescubrirnos y aceptar, con humildad, lo que cada uno es, con defectos y límites. Amar al otro, amarnos, convencidos de que nunca dejaremos de aprender.

SER MI MEJOR VERSIÓN

Íñigo Samaniego (24 años, ingeniero electrónico en busca de trabajo, Bilbao).

«Cada vez se oye más a los jóvenes distinguir entre complementariedad y reciprocidad en las relaciones. La idea de fondo es: no somos seres incompletos que necesitan completarse, sino personas completas que buscan *compartir* su vida con los demás. Creo que las relaciones de reciprocidad son mucho más interesantes y enriquecedoras, porque las personas que participan en ellas pueden mostrarse abiertamente y sin miedo a ser juzgadas. Mi grupo de amigos, por ejemplo, lo formamos personas muy diferentes, con características que para nada son complementarias. Esto nunca ha sido un impedimento sino lo contrario, una riqueza para conocer y ver la vida desde perspectivas totalmente diferentes.

»Por otro lado, pienso que en general es más sencillo establecer relaciones basadas en la complementariedad que en la reciprocidad. Una auténtica reciprocidad implica compartir plenitudes, de modo que la otra persona me lleve a ser mi mejor versión. Y esto exige conocerse uno mismo, nada sencillo pero merece la pena, para llegar a relaciones auténticas. Recientemente he vivido una ocasión de discernimiento con otros chicos: formamos un grupo y compartimos intereses espirituales y una comunión concreta de lo que vivimos y tenemos. Queríamos aclararnos si continuar y cómo hacerlo. Cada uno tuvo que poner en claro su personal vocación y plantearse hasta qué punto involucrarse. La reflexión personal no fue sencilla, pero el momento de comunión que siguió fue de auténtica reciprocidad, base para volver a empezar juntos».

SE RENUEVA LA MIRADA

Guillermo Cruz (49 años, párroco de barrio durante 19 años, ahora acompaña decenas de seminaristas, Madrid).

«La relación con el otro la construimos desde lo que somos y desde lo que la otra persona es: presencia de Dios. En mis primeros años de párroco, una mujer casada, joven, me dijo: "Contigo puedo hablar serenamente de mi vida matrimonial, cosa que no puedo hacer en mi trabajo o con amigos... Y es que en tu escucha no hay doblez". Esto me ha ayudado siempre a cuidar la *limpieza* en cualquier relación, para poder ir a fondo. En la dimensión femenina

descubro el amor entrañable que nace desde dentro, que puede dar vida. También la vida sacerdotal alcanza así su sentido más pleno. No somos funcionarios de lo sagrado; estamos llamados a servir y hacer presente el amor de Cristo en contacto directo con las personas.

»El seminario es un lugar privilegiado para aprender que el don del celibato no puede ser vivido desde el miedo a las relaciones, o tapando la dimensión afectiva. Los jóvenes que hoy se preparan al sacerdocio provienen del mundo universitario o con años de experiencia laboral; no vienen de burbujas. Y cuando el celibato se entiende como respuesta a un amor que engloba toda tu vida, con Dios en el centro, se renueva la mirada hacia la mujer y se renueva la mirada hacia el hombre.

»Me impresiona la capacidad de acogida y misericordia de muchas personas. Una vez al año acompaña a los peregrinos a Lourdes. Carmen, una mujer enferma, me decía que muchas veces no lograba comprender a Dios, pero en la mirada de María encontraba la ternura para seguir con esperanza. Esta ternura en los que pereregrinan junto a la Madre, también yo la recibo; en cierto modo marca mi sacerdocio, me hace recomenzar con alegría».

María, sola, es completa, contiene en sí a toda la humanidad; es el tipo de criatura humana, hombre o mujer, en plenitud.

SIN FINGIR, BASTA SER TÚ MISMO

Covadonga Sánchez (15 años, estudiante, Cartagena (Murcia).

»Estudio el último curso de secundaria y, en general, me he dado cuenta de que los chicos y chicas de mi edad están muy interesados en establecer relaciones amorosas. Incluso tengo amigas que quieren un novio por tener una persona que las quiera y cuide. Personalmente este tema no me interesa mucho, además me considero demasiado joven para entablar un tipo de relación que, en mi opinión, debería ser madura, seria y comprometida. Mis relaciones más bonitas han sido con chicos y chicas con los que me une el ideal del *mundo unido*, con proyectos para realizarlo. Y no solo con personas de mi edad, sino también con mayores. Entre todos se crea un ambiente de confianza, de estima y respeto que facilita el que puedas relacionarte con cualquiera: chico, chica, mayor o menor que tú. No tienes que fingir ser otra persona, basta con que seas tú. Esto es lo que más me gusta. Suelo tratar más con chicas, pero no hay inconveniente en relacionarme también con los chicos. Sin embargo, en otros ambientes que frequento, he visto que suele haber una división importante, porque los grupos de amigos son muy cerrados».

MI PATERNIDAD SE TIÑE DE MATERNIDAD

Pablo Alonso (62 años, viudo, administrador en un centro educativo, vive con dos hijas con capacidades diferentes).

«Estuve casado más de 30 años y hace siete perdí a mi mujer, después de un periodo doloroso debido a su enfermedad. Vivimos momentos maravillosos y otros muy duros, una historia de familia sencilla, como la de muchos. Adoptamos dos hijas muy pequeñas, que durante su desarrollo fueron manifestando capacidades diferentes y a las que hemos acompañado por la vida con amor. Nos hemos construído unos a otros. Ahora que estoy solo me siento con toda verdad *padre y madre* de mis hijas. Viven conmigo y las acompañó en todo para que sean buenas personas, felices como cualquier otra. Es una relación filial que me hace ponerme en su lugar, ver sus necesidades, alegrarme de sus progresos; ellas comparten conmigo lo que la vida les va acarreando, su relación con los respectivos novios, sus expectativas. Veo que mi amor y cuidado de padre va tiñéndose de maternidad. Y con su cariño puro colman mi día a día.

»El diálogo profundo con mi mujer no se ha interrumpido. Naturalmente su presencia me sería preciosa, pero me siento completo, sereno, incluso gozoso. Los roles en la pareja en realidad fueron muy compartidos, asumiendo los suyos en fases dolorosas de nuestro recorrido, donde el mutuo dar, ponerse en el lugar del otro, ofrecer y acoger perdón, nos hicieron gozar de lo bueno y atravesar las pruebas.

»Reconozco que mi relación con Dios es clave para vivir reconciliado con la vida, sacar mi *yo* más verdadero y dar a cuento acontece su justo peso».

SOLTERA PERO NO SOLA

Alicia Arias (59 años, médico, soltera, vive con su madre de 90, Madrid).

«Soy soltera; no lo decidí a priori, más bien la vida y sus circunstancias, y no me pesa ni me preocupa. Si bien encuentro preciosa la vocación de crear una familia y tener hijos, yo me siento completa, serena, consciente de una misión.

»Ejerciendo de médico me es claro que el servicio a la humanidad que me rodea es como participar en la obra del Creador. Priorizo cuidar las relaciones con los compañeros, trabajar en equipo, escuchar a fondo a otros profesionales, algunos de otras categorías (enfermeros, auxiliares de clínica, trabajadores sociales, administrativos, psicólogos), y constato que todos nos enriquecemos y que nuestros pacientes, ancianos en la residencia o, actualmente, deportistas reciben un servicio mejorado. Claro que he tenido que lidiar con situaciones conflictivas, en coherencia con mis convicciones, y aunque no siempre mis opiniones han sido acogidas, se me ha demostrado respeto. Mantenerme persona libre ha sido fundamental.



Pablo Alonso junto a sus dos hijas y novios.

Nuestras diferencias, para nada complementarias, son una riqueza para conocer la vida desde perspectivas diferentes.

»En mi recorrido no he percibido como un impedimento el no tener familia propia o un compañero. Tampoco me ha coartado en mis relaciones con personas casadas, por ejemplo conservo la pandilla de amigos del instituto y soy la única soltera, pero con ellos y sus hijos me siento una más, con experiencias preciosas de complicidad. De todos modos no soy una persona *sola*. Cuido mi relación con Dios y el vínculo humano y espiritual con muchas personas con las que trabajo para renovar la sociedad y para una medicina que ponga en el centro al paciente. Me siento afortunada».

CN